



# Los ladrones de cadáveres



Un relato de Robert Louis  
**Stevenson**

**29ac** es una marca de **superatio.es**  
Diseño e ilustración: JM Álvarez (*Superatio*)

# Los ladrones de cadáveres



Un relato de Robert Louis  
**Stevenson**

*Edición digital ilustrada*

Portada: JM Álvarez (*Superatio*)

Diseño e ilustración: JM Álvarez (*Superatio*)



Una marca de JM Álvarez ( [superatio.es](http://superatio.es))

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Pero puedes hacer las copias que desees y regalárselas a quien no pueda comprarlas.

**#EstamosEnContra**



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson



Por las noches nos sentábamos en un reservado de la posada George en Debenham; el empresario de pompas fúnebres, el dueño, Fettes y yo. A veces había más gente; pero tanto si llovía como si nevaba, llegado el momento, nos acomodábamos en nuestros respectivos sillones. Fettes era un viejo escocés aficionado a la bebida; culto, sin duda, y también adinerado, porque podía vivir sin trabajar. Había llegado a Debenham años atrás, siendo joven, y por la simple permanencia se había convertido en hijo adoptivo

del pueblo. Su capa azul de camelote era tan vieja como la torre de la iglesia. Un lugar fijo en el reservado de la posada, su notable ausencia de la iglesia, y sus vergonzosos vicios eran cosas sabidas por todo el pueblo. Sostenía algunas opiniones algo radicales y cierto escepticismo religioso que sacaba a relucir de vez en cuando, dando énfasis a su discurso con algunos manotazos sobre la mesa. Bebía ron: cinco vasos cada noche; y permanecía, durante la mayor parte de su estancia a la posada, en un estado de melancólico sopor alcohólico, siempre con el vaso de ron en la mano derecha. Le





llamábamos el doctor, porque se le atribuían algunos conocimientos de medicina y en casos de emergencia había logrado entablillar una fractura, pero, al margen de estos detalles, no teníamos más información sobre su personalidad.

Una noche de invierno—habían dado las nueve antes de que el dueño se reuniera con nosotros—nos dijeron que un gran hacendado se había puesto enfermo en la posada, atacado de apoplejía, cuando iba camino de Londres; y por telégrafo se había pedido la que viniera un médico de la capital, personaje todavía más famoso. Era la primera vez que ocurría una cosa así en Debenham (hacia poco tiempo que se había inaugurado el ferrocarril) y todos estábamos impresionados.

—Ya llegó —dijo el dueño, después de llenar y de encender la pipa—.

—¿Quién? —dije yo—. ¿Quiere decir usted el médico?

—exactamente —contestó nuestro posadero—.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Macfarlane —dijo el dueño—.

Fettes estaba terminando su tercer vaso, sumido ya en el estupor de la borrachera, a veces dando cabezadas, a veces con la mirada perdida; pero con las últimas palabras pareció despejarse y repitió un par de veces «Macfarlane»: la primera con entonación tranquila, pero con súbita emoción la segunda.

—Sí, —dijo el dueño—, así se llama: doctor Wolfe Macfarlane.

Fettes se serenó; sus ojos se aclararon, su voz se hizo firme y sus palabras mucho más enérgicas. Todos nos quedamos sorprendidos ante aquella transformación, porque era como si un hombre hubiera acabara de resucitar.

—Ruego que me disculpen—dijo—; mucho me temo que no prestaba atención a sus palabras. ¿Quién es ese tal Wolfe Macfarlane?

Y añadió, después de oír las aclaraciones del dueño:

—No puede ser, evidentemente; y, sin



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

embargo, me gustaría ver a ese hombre cara a cara.

—¿Le conoce usted, doctor? — preguntó asombrado el empresario de pompas fúnebres.

—¡Dios no lo quiera! —respondió—. Y, sin embargo, el nombre no es nada corriente, sería demasiado imaginar que hubiera dos. Dígame, posadero, ¿se trata de un hombre viejo?

—No es un hombre joven, desde luego, y tiene el pelo blanco; pero sí parece más joven que usted.

—Es mayor que yo. Pero—dando un golpe sobre la mesa—, es el ron lo

que ve usted en mi rostro; el ron y mis pecados. Este hombre quizá tenga una conciencia más fácil de complacer y haga bien las digestiones. ¡Conciencia! ¡De qué cosas me atrevo a decir! Pensarán ustedes que he sido un buen cristiano, ¿cierto? Pues no, yo no; nunca me ha dado por la hipocresía.

—Si este doctor es la persona que usted conoce—me atreví a comentar, después de una pausa algo penosa—, ¿debemos pensar que no comparte la buena opinión del posadero?

Fettes no me hizo el menor caso.





—Sí—dijo, firmeza—, tengo que verle la cara.

Se produjo otra pausa; luego se cerró una puerta con cierta violencia en el primer piso y se oyeron pasos en la escalera.

—Es el doctor—exclamó el dueño—. Si se da prisa podrá alcanzarle.

Sólo había dos pasos desde el reservado a la puerta de la posada; la gran escalera de roble terminaba casi en la puerta que daba a la calle; entre el umbral y el último peldaño no había espacio más que para una pequeña alfombra turca. Este espacio tan reducido estaba muy iluminado todas las noches, no sólo gracias a la luz de la escalera y al gran farol debajo del nombre de la posada, sino también debido al suave resplandor que salía por la ventana de la cantina. La posada llamaba así acertadamente la atención de los que cruzaban por la calle en las frías noches de invierno. Fettes se acercó sin vacilaciones hasta el diminuto vestíbulo y los demás nos dispusimos a observar el encuentro entre los dos hombres. El doctor

Macfarlane era un hombre despierto y enérgico. Sus cabellos blancos resaltaban la calma y la palidez de su rostro. Iba vestido con elegancia y lucía una gruesa cadena de oro que sujetaba el reloj y los anteojos del mismo metal. La corbata, ancha y con muchos pliegues, era blanca con lunares de color violeta, y llevaba en el brazo un abrigo de piel para protegerse del frío durante el viaje. No hay duda de que conseguía dar dignidad a sus años envuelto en aquella atmósfera de lujo y decoro; y no dejaba de ser todo un contraste ver a nuestro amigo—calvo, sucio, lleno de granos y arropado en su vieja capa azul de camelote—enfrentarse con él al pie de la escalera.

—¡Macfarlane! —gritó con una voz más propia de un heraldo que de un amigo. —

El célebre doctor se detuvo bruscamente en el cuarto escalón, como si aquella voz le sorprendiera y en cierto modo ofendiera su dignidad.

—¡Toddy Macfarlane! —repitió Fettes.

Al doctor casi le fallaron las piernas.



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

Lanzó una rápida mirada al hombre que tenía en frente, giró hacia atrás unos ojos temerosos y susurró con voz llena de sorpresa:

—¡Fettes! ¡Tú!

—¡Sí! ¿Creías que también yo estaba muerto? No resulta tan fácil acabar con nuestra relación.

—¡Calla, por favor! —exclamó el ilustre médico—. ¡Calla! No esperaba encontrarte... Y veo que te has ofendido. Reconozco que al principio casi no te había conocido; pero me alegro... me alegro mucho de tener esta oportunidad. Sólo vamos a poder decirnos hola y hasta la vista; me espera el carruaje y tengo que tomar un tren; pero... bueno... deberías darme tu dirección y te aseguro que tendrás noti-

cias mías. Habrá que hacer algo por ti, Fettes. Me temo que necesitas ayuda; pero ya nos ocuparemos de eso «por los viejos tiempos», como solíamos cantar durante nuestras veladas.

— ¡Dinero! —exclamó Fettes— ¡Tu dinero! El dinero que me diste estará todavía donde lo arrojé aquella noche de lluvia.

Mientras hablaban el doctor Macfarlane había conseguido recobrar cierto grado de confianza en sí mismo, pero la inesperada energía de aquella respuesta lo sumió de nuevo en la confusión.

Una terrible expresión atravesó por un instante sus casi venerables facciones.

—Querido amigo —dijo—, como de-





sees; nada más lejos de mi intención que ofenderte. No quisiera entrometerme. Pero sí que te dejaré mi tarjeta. —No la quiero... No deseo saber cuál es el techo que te cobija. Escuché tu nombre; temí que fueras tú. Quería saber si, después de todo, existe un Dios; ahora sé que no. ¡Lárgate de aquí!

Pero Fettes ocupaba el centro del pequeño vestíbulo, entre la escalera y la puerta; y para salir, el médico londinense se vio forzado a dar un rodeo. Vaciló un instante ante lo que a todas luces parecía una humillación. A pesar de todo, había cierta amenaza en su mirada y, mientras dudaba, se dio cuenta de que, desde la calle, el cochero de su calesín miraba con interés la escena y advirtió también cómo le mirábamos nosotros, los del pequeño grupo del reservado, apiñados en el rincón. El interés de tantas personas le impulsó a emprender la huida. Pasó rozando a la pared y luego se encaminó hacia la puerta con la velocidad de una serpiente. Pero sus obstáculos no habían terminado porque, antes de

salir, Fettes le sujetó del brazo y, de sus labios, en un susurro, preguntó:

—¿Has vuelto a verlo?

El doctor dejó escapar un sofocado grito, dio un empujón a Fettes y con las manos sobre la cabeza corrió como un ladrón pillado in fraganti. Antes de que a ninguno de nosotros hiciéramos el menor movimiento, el calesín traqueteaba ya hacia la estación. Al día siguiente la criada encontró los anteojos del doctor londinense en el umbral, rotos, y aquella noche nosotros permanecemos en pie, sin aliento, cerca de la ventana de la cantina, con Fettes a nuestro lado, sereno, pálido y con aire decidido.

—¡Que Dios nos asista, Señor Fettes! —dijo el posadero, al ser el primero en recobrar el ánimo—. ¿A qué se debe todo esto? Son cosas extrañas las que usted ha dicho...

Fettes se volvió hacia nosotros; y nos miró uno a uno.

—Procuren tener la lengua quieta— dijo—. Es peligroso enfrentarse a Macfarlane; los que se han atrevido se han arrepentido demasiado tarde.



## Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

Después, sin acabar el tercer vaso, se despidió y se desvaneció en la noche después de pasar bajo el farol de la posada.

Nosotros regresamos a los sillones, con un buen fuego y unas velas recién encendidas; y, a medida que pensábamos en lo sucedido, la sorpresa inicial se convirtió en curiosidad. Nos quedamos hasta muy tarde; no recuerdo otra noche en la que se alargara tanto la tertulia. Antes de irnos, cada uno tenía una teoría que se había comprometido a demostrar, y no había para nosotros asunto más importante en el mundo que indagar en el pasado de nuestro amigo y descubrir el secreto que lo vinculaba al famoso doctor. No es un motivo de vanagloria, pero en

mi opinión tuve más pericia que mis amigos para desvelar todo el asunto; y puede no haya en estos momentos otra persona que pueda narrarles a ustedes aquellos monstruosos y atroces sucesos.

Cuando era joven, Fettes había estudiado medicina en Edimburgo. Tenía un talento especial que le permitía memorizar casi todo lo que oía y entenderlo en seguida. No trabajaba mucho pero era educado, atento e inteligente en presencia de sus maestros. Pronto se dieron cuenta de su gran capacidad y, aunque a mí me pareció extraño cuando lo oí por primera vez, Fettes era en aquellos días un joven apuesto que cuidaba con esmero de su aspecto exterior.





Había, por aquella época, fuera de la universidad, un profesor de anatomía al que me referiré aquí mediante la letra K. Su nombre llegó a ser tristemente célebre. El señor K estaba entonces en la cima de su fama debido, en parte, a su talento y habilidad, y en parte a la incompetencia de su rival, el profesor con plaza fija en la universidad. Los estudiantes tenían una gran fe en él y el mismo Fettes creía, e hizo creer a otros, que había colocado los cimientos de su futuro al conseguir la simpatía de este hombre que tan rápidamente había conseguido ser una celebridad. El señor K era un alegre vividor además de un excelente profesor; y apreciaba tanto una esmerada ilusión como una preparación diligente. En ambos casos Fettes disfrutaba de una merecida consideración, y durante el segundo año de carrera fue nombrado, extraoficialmente, segundo profesor en prácticas o ayudante del asistente.

Recaía sobre Fettes la responsabilidad del anfiteatro y del aula. Era el encargado de limpiar y vigilar el comportamiento de sus compañeros y debía de

proporcionar, recibir y dividir los cadáveres para las prácticas de los estudiantes. Con vistas a esta última ocupación—en aquel momento asunto muy delicado—, El señor K hizo que se instalase en el mismo callejón y más adelante en el mismo edificio donde estaban las salas de disección. Muchas noches tenía que levantarse de la cama para negociar con los desalmados traficantes de cadáveres que abastecían las mesas. Tenía que abrir la puerta a los hombres que después han alcanzado tan terrible reputación en todo el país. Tenía que recoger su trágica carga, pagarles el precio convenido y quedarse solo, al marcharse los otros, con aquellos despojos humanos.

Pocos jóvenes podrían haberse mostrado más insensibles. Era incapaz de sentir interés por el destino y la mala fortuna de cualquier otra persona, cautivo como era de sus propios deseos e indignos anhelos. Aunque se mostraba impasible, superficial y egoísta, en última instancia, no carecía de ese mínimo de prudencia a la que se da de forma equivocada el



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

nombre de moralidad, que mantiene a los hombres alejados de las borracheras o los desfalcos. Además, Fettes deseaba que tanto sus maestros como sus compañeros tuvieran de él una buena opinión, se esmeraba en guardar las apariencias. Decidió también destacar en los estudios y todos los días miraba a ver de qué manera podía fortalecer su reputación de buen estudiante. Para compensar esos los días de trabajo, por las noches, se entregaba a escandalosos y desvergonzados placeres.

La llegada de cadáveres era continuo lo que ocasionaba ciertas dificultades tanto para él como para su patrón. En una clase con tantos alumnos y en la que se trabajaba tanto, la materia prima estaba siempre era escasa; y

el movimiento de dinero que se hacía necesario en esta situación no sólo era desagradable en sí mismo, sino que podía tener consecuencias muy peligrosas para todos los implicados. La norma del señor K era no hacer preguntas a los traficantes. «Ellos nos traen el cuerpo y nosotros lo pagamos». Y con cierto cinismo, les decía a sus asistentes que «no hicieran preguntas por razones de conciencia.»

No se daba por sentado que los cadáveres se conseguían mediante asesinatos. Si tal idea se hubiera dicho en alto, el señor K se habría horrorizado; pero su superficial manera de hablar sobre este asunto era, en sí misma, una ofensa contra las normas más elementales de civismo. Fettes, por ejemplo, se había dado cuenta de





que, con frecuencia, los cadáveres que compraba habían perdido la vida pocas horas antes. A pesar de todo, y siguiendo las normas no escritas de su maestro, Fettes entendía que su deber constaba de tres puntos: aceptar lo que le traían, pagar el precio y pasar por alto cualquier indicio de un posible crimen.

Una mañana de noviembre, Fettes, después de pasar la noche en vela debido a un horroroso dolor de muelas—paseándose por su habitación como un león enjaulado o tirándose desesperado sobre la cama—, y caer ya de madrugada en un sueño profundo e intranquilo que llega tras una noche de dolor, se vio despertado de nuevo, pero esta vez por la tercera o cuarta repetición de la señal convenida. La luna, aunque estaba en cuarto menguante, esparcía abundante luz; hacía frío y había viento, la ciudad permanecía dormida, pero una indefinible agitación apuntaba ya el bullicio del día. Los profanadores habían aparecido más tarde de lo acostumbrado y parecían tener más prisa

por marcharse que otros días. Fettes, muerto de sueño, les fue alumbrando escaleras arriba. Oía sus voces roncadas, con fuerte acento irlandés, como si todo formara parte de un sueño; y mientras aquellos hombres vaciaban el horripilante contenido de su saco, él estaba adormilado, apoyado contra la pared, y más tarde tuvo que hacer un gran esfuerzo para encontrar el dinero con que pagar a aquellos hombres. Al ponerse en movimiento su mirada tropezó con el rostro del cadáver. No pudo disimular su impresión; dio dos pasos hacia adelante, con la vela en alto.

—¡Por amor de Dios! —exclamó—. ¡Si es Jane Galbraith!

Los hombres no dijeron nada pero se movieron con lentitud hacia la puerta.

—La conozco, se lo aseguro —continuó Fettes—. Ayer estaba viva y alegre. No es posible que haya muerto; es imposible que hayan conseguido este cuerpo de forma correcta.

—Está usted completamente equivocado, señor—dijo uno de los hom-



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

bres.

Pero el otro lanzó a Fettes una mirada amenazante y exigió que se les diera el dinero.

Al Fettes le faltó valor. Tartamudeó una excusa, contó el dinero y acompañó a sus aborrecibles invitados hasta la puerta. Tan pronto como se fueron, el joven Fettes se apresuró a corroborar sus sospechas. Las marcas en el cadáver no dejaban lugar a dudas, identificó a la muchacha con la que había bromeado el día anterior. Vio, con pavor, indicios en aquel cuerpo que podían muy bien ser pruebas de una muerte violenta. Se sintió invadido por el miedo y buscó refugio en su habitación. Una vez allí pensó con calma en lo que acababa de descubrir; consideró la importancia de las instrucciones del señor K y el peli-

gro que entrañaba para él mismo un asunto de tanta envergadura; al fin, lleno de incertidumbre, determinó esperar y pedir consejo a su inmediato superior, el primer asistente.

El primer asistente era un médico joven, Tolve Macfarlane, gran favorito de los estudiantes más osados, inteligente y sin escrúpulos. Había estudiado en el extranjero. Sus modales eran encantadores y un poco atrevidos. Se le consideraba un experto en cuestiones teatrales y no había nadie más hábil en el patinaje sobre el hielo ni mejor jugador de golf; vestía de manera refinada y, por si fuera poco, era propietario de un calesín y de un robusto caballo. Su relación con Fettes había llegado a ser muy familiar porque, entre otras cosas, sus respectivos cargos hacían necesaria una cierta re-





lación. Cuando no había muchos cadáveres, los dos se adentraban por las zonas rurales en el calesín de Macfarlane, para profanar algún cementerio poco frecuentado y, antes del amanecer, descargar el despojo en la sala de disección.

Aquella mañana Macfarlane llegó un poco antes de lo normal. Fettes escuchó sus pasos, salió a recibirle a la escalera, le contó su historia y acabó por contarle el motivo de su alarma. Macfarlane examinó las marcas que presentaba el cadáver.

—Sí—dijo inclinando la cabeza—; parece sospechoso.

—¿Qué te parece que debo hacer? —preguntó Fettes.

—¿Hacer? —repitió Macfarlane—. ¿Es que quieres hacer algo? Cuanto menos se hable del tema, antes se arreglará, diría yo.

—Quizá la reconozca algún estudiante —advirtió Fettes—. Era tan conocida como el Castle Rock.

—Esperemos que no, y si alguien lo hace... pues nada, tú no la reconociste, ¿comprendes?, y no hay más que

hablar. La verdad es que esto lleva mucho tiempo sucediendo. Remueve el asunto y pondrás a K en una situación desesperada; tampoco tú saldrías muy bien parado. Ni yo, si vamos a eso. Me gustaría saber cómo terminaríamos, o qué diablos podríamos decir si nos llamaran a declarar ante un tribunal. Porque yo tengo una cosa clara ¿sabes? Prácticamente todo nuestro «material» han sido personas asesinadas.

—¡Macfarlane! —exclamó Fettes.

—¡Vamos, vamos! —se burló el asistente—. ¡Como si tú no lo hubieras sospechado!

—Sospechar es una cosa...

—Y probar otra. Lo sé; y siento tanto como tú que esto haya llegado hasta aquí—dando unos golpes en el cadáver con su bastón—. Pero colocados en esta posición, lo mejor que puedo hacer es no reconocerla; y—añadió con frialdad—así es: no la reconozco. Tú puedes, si eso te hace sentir mejor. No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero un hombre de mundo haría lo mismo que yo; y me atreve-



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

ría a decir que eso es lo que K espera de nosotros. La pregunta es ¿por qué nos eligió a nosotros como asistentes? porque no quería viejas chismosas.

Aquella manera de hablar era la que más efecto podía tener en un joven como Fettes. Y decidió tomar ejemplo de Macfarlane. El cuerpo de la joven fue directo a la mesa de disección como era costumbre y nadie hizo el menor comentario ni pareció reconocerla.

Una tarde, después de acabar el trabajo del día, Fettes entró en una abarrotada taberna y encontró allí a Macfarlane, sentado en compañía de un extraño. Un hombre pequeño, muy pálido y de cabellos muy oscuros, y ojos negros como el carbón. Su rostro parecía prometer una inteligencia y una distinción que sus modales contradecían, porque nada más conocerle, se manifestaba su vulgaridad

y su estupidez. Aquel hombre ejercía, a pesar de todo, un increíble control sobre Macfarlane; le daba órdenes como si fuera un general; se enfadaba ante el menor problema o retraso, y hacía groseros comentarios sobre la sumisión con la que eran acatadas sus exigencias. Este hombre tan repugnante manifestó una gran simpatía hacia Fettes, trató de ganar su amistad invitándolo a beber y le contó increíbles confidencias sobre su pasado. Si sólo una mínima parte de lo que dijo era verdad, se trataba de un canalla de lo más baja estofa; y el joven Fettes se sintió halagado por el interés de un hombre de tanta experiencia.

—Yo no soy precisamente un santo —hizo notar el desconocido—, pero Macfarlane me da mil vueltas... Toddy Macfarlane le llamo yo. Toddy, pide otra copa para nuestro amigo.

O bien:





—Toddy, levántate y cierra la puerta.

—Toddy me odia —apuntó después—. Sí, Toddy, ¡claro que me odias!

—No me gusta ese condenado nombre, y usted lo sabe —gruñó Macfarlane.

—¡Escúchalo! ¿Has visto a los jóvenes tirar al blanco con los cuchillos? A él le gustaría hacer eso con mi cuerpo—dijo el hombre.

—Nosotros, la gente de medicina, tenemos una forma mejor—dijo Fettes—. Cuando no nos gusta un amigo muerto, lo llevamos a la mesa de disección.

Macfarlane le miró enfadado, como si aquella broma le resultara muy desagradable.

La tarde fue pasando. Gray, porque ese era el nombre del desconocido, invitó a Fettes a cenar con ellos, encargando un festín tan abundante que toda la taberna tuvo que movilizarse, y cuando terminó ordenó a Macfarlane que pagara la cuenta. Se despidieron ya de madrugada; el tal Gray estaba como una cuba. Macfarlane, se mantenía sereno debido a la indigna-

ción que le producía el pensar en el dinero que se había visto obligado a gastar y las humillaciones que había tenido que soportar. Fettes, medio borracho, volvió a su casa a trompicones y la mente totalmente en blanco. Al día siguiente Macfarlane faltó a clase y Fettes sonrió para sus adentros al imaginárselo todavía acompañado de aquel insoportable hombre. Tan pronto como quedó libre de sus obligaciones, se puso a buscar por todas partes a sus compañeros de la noche anterior. Pero no pudo encontrarlo; así que volvió pronto a su habitación, se acostó en seguida, y se quedó profundamente dormido.

A las cuatro de la mañana le despertó la señal acostumbrada. Al abrir la puerta se sorprendió al ver a Macfarlane con su calesín y dentro del vehículo uno de aquellos horrendos bultos alargados que tan bien conocía.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Has salido solo? ¿Cómo te las has arreglado?

Pero Macfarlane le mandó callar ásperamente, pidiéndole que se ocupara del asunto que ahora tenían entre



manos. Después de subir el cuerpo y de colocarlo sobre la mesa, Macfarlane hizo ademán de marcharse pero se detuvo y pareció dudar.

—Será mejor que le veas la cara—dijo lentamente—. Será mejor—repitió, al ver que Fettes le miraba asombrado.

—Pero ¿dónde y cuándo lo has conseguido?

—Mírale la cara—fue la única respuesta.

Fettes dudo. Contempló a su compañero y después el bulto con el cadáver; luego volvió otra vez la vista hacia Macfarlane. Finalmente, hizo lo que se le pedía. Casi esperaba el espectáculo que se iba a encontrar pero de todas formas el choque fue violento. Ver, inmóvil por la rigidez de la muerte y desnudo sobre el tejido de arpillera, al hombre que había conocido en la taberna y del que se había despedido no hacía mucho, despertó, hasta en el desconcertado Fettes, al-

gunos remordimientos de conciencia. El que dos personas que había conocido hubieran terminado sobre las heladas mesas de disección era un claro “mañana puedes ser tú” que iba repitiéndose en su cabeza continuamente. A pesar a todo, aquellas eran sólo preocupaciones secundarias. Lo que más importante era Wolfe. No estaba preparado para enfrentarse con un problema de esa magnitud, Fettes no sabía cómo mirar a los ojos a su colega y le faltaban tanto las palabras como la voz con que pronunciarlas.

Fue Macfarlane quien habló primero. Se acercó tranquilamente por detrás y puso una mano, con deliadeza pero con firmeza, sobre el hombro de Fettes.

—Richardson—dijo—puede quedarse con la cabeza.

Richardson era un estudiante que mostraba gran interés en tener de esa porción del cuerpo humano para





sus prácticas de disección. No recibió ninguna respuesta, y el asesino siguió hablando:

—Por cierto, debes pagarme; las cuentas tienen que cuadrar, como es lógico.

—¡Pagarte! —exclamó—. ¿Pagarte por esto?

—Naturalmente; no hay otra opción. Desde cualquier punto de vista que lo consideres—insistió—. Yo no me atrevería a dejarlo aquí gratis; ni tú a aceptarlo sin pagar, nos comprometería a los dos. Este es otro caso como el de Jane Galbraith. Cuantos más cabos sueltos, más razones para actuar como si todo estuviera en perfecto orden. ¿Dónde guarda su dinero el viejo K?

—Allí—contestó Fettes, señalando al armario del rincón. —

—Entonces, dame la llave—dijo Macfarlane, extendiendo la mano.

Después de un instante de vacilación, la suerte quedó echada. Macfarlane no pudo suprimir un escalofrío de alivio, al sentir la llave entre los dedos. Abrió el armario, sacó pluma, tinta y

el libro diario que reposaba sobre una de las baldas, y del dinero que había en un cajón tomó la suma adecuada para el caso.

—Ahora, mira—dijo Macfarlane—; ya se ha hecho el pago, primera prueba de tu buena fe, primer escalón hacia la seguridad. Pero todavía tienes que ratificarlo con un segundo punto. Anota el pago en el diario y estarás ya en condiciones de hacer frente al mismo diablo.

Durante los pocos segundos siguientes, la mente de Fettes fue un torbellino de ideas; pero al sopesar sus peores temores se dio cuenta de que cualquier problema carecía de importancia comparado con un enfrentamiento con Macfarlane en aquel instante. Dejó la vela que había sostenido todo el tiempo y con mano firme anotó la fecha, la naturaleza y el importe de la transacción.

—Y ahora —dijo Macfarlane—, es justo que te quedes con el dinero. Yo he cobrado mi parte. Por cierto, cuando un hombre de mundo tiene suerte y se encuentra en el bolsillo



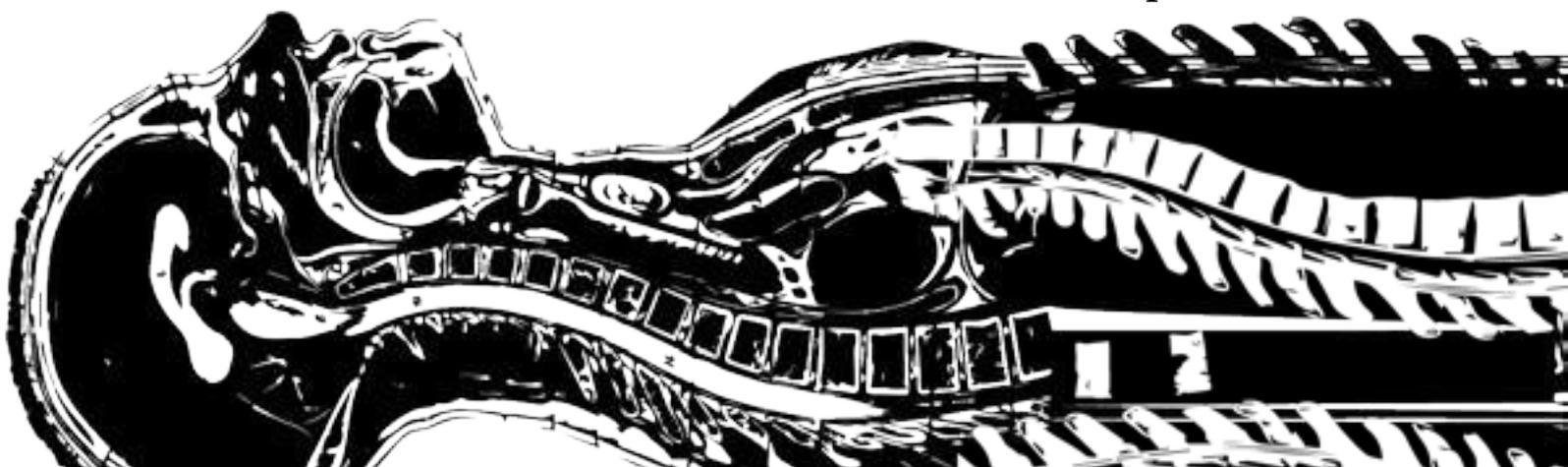
con unos cuantos chelines extra, me da vergüenza explicar esto, pero hay una regla de conducta. No hay que dedicarse a invitar, ni a comprar libros caros para las clases, ni a pagar viejas deudas; hay que pedir prestado en lugar de fiar.

—Macfarlane —empezó Fettes, casi susurrando—, me he puesto el nudo alrededor del cuello por complacerte. —¿Por complacerme? —exclamó Wolfe—. ¡Vamos, vamos! Por lo que a mí respecta no has hecho más que lo que estabas obligado a hacer en defensa propia. Supongamos que yo me encontrara en dificultades, ¿qué harías tú? Este segundo accidente sin importancia procede sin duda alguna del primero. El señor Gray es la continuación de la señorita Galbraith. No es posible empezar y luego detenerse. Si empiezas, tienes que seguir adelante; ésa es la verdad. Los malvados nunca encuentran descanso.

Una aterradora sensación de oscuridad se apoderó del alma del infeliz estudiante.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué es lo que he hecho? y ¿cuándo empezó todo esto? ¿Qué hay de malo en que a uno lo nombren asistente? Otros querían el puesto; Otro podía haberlo conseguido. ¿Llegarían a estar en la situación en la que yo me encuentro ahora?

—Mi querido amigo —dijo Macfarlane—, ¡qué inocencia la tuya! ¿Es que acaso te ha pasado algo malo? ¿Es que puede ocurrirte algo malo si tienes la lengua en su sitio? ¿Es que todavía no te has enterado de lo que es la vida? Hay dos tipos de personas: los leones y los corderos. Si eres un cordero terminarás sobre una de esas mesas como Gray o Jane Galbraith; si eres un león, seguirás vivo y tendrás un caballo como tengo yo, como lo tiene K; como todas las personas valientes





e inteligentes. Al principio se tienen dudas. Pero, mi querido amigo; eres inteligente, tienes arrojo. Yo te aprecio y K también te aprecia. Has nacido para liderar, dirigiendo la cacería; y yo te aseguro, por mi honor y mi experiencia de la vida, que dentro de un par de días te reirás al recordar estos espantapájaros.

Y con esto Macfarlane se despidió y salió el callejón para llegar a casa antes del amanecer. Fettes se quedó solo, acompañado de su conciencia. Medito en los peligros que le acechaban. Se percató, con indecible horror de la profundidad de su debilidad, y cómo, de concesión en concesión, había llegado a convertirse en un cómplice desamparado y a sueldo. Hubiera dado cualquier cosa por haberse mostrado más valiente en el momento oportuno, pero al parecer la valentía no estaba a su alcance. El silencio sobre Jane Galbraith y la maldita entrada en el libro diario habían sellado su boca para siempre.

Pasó el tiempo; los estudiantes comenzaron a llegar; se fueron repar-

tiendo los miembros del infeliz Gray sin hacer el menor comentario. Richardson manifestó su satisfacción al recibir la cabeza; y, antes de que sonara la hora del final de las clases, Fettes temblaba, alborozado, al darse cuenta de lo mucho que había avanzado en el camino hacia la seguridad. Durante dos días siguió observando, con creciente alegría, el horrible proceso de enmascaramiento.

Al tercer día Macfarlane apareció de nuevo. Había estado enfermo, dijo; pero compensó el tiempo perdido con la energía que desplegó dirigiendo a los estudiantes. Consagró su ayuda y su experiencia a Richardson de manera especial, y el alumno, animado por los elogios del asistente, trabajó rápido, lleno de esperanzas, viéndose dueño ya de la medalla al estudiante más aplicado.

Antes de que terminara la semana se había cumplido la predicción de Macfarlane. Fettes había sobrevivido a sus temores, olvidando su indignidad. Empezó a engalanarse con las plumas de su valentía y logró reinventarse la



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

historia de manera que podía recordar aquellos sucesos con malsano orgullo. Veía poco a su cómplice. Se encontraban en las clases y también recibían juntos las órdenes del señor K. A veces, intercambiaban una o dos palabras en privado y Macfarlane se mostraba de principio a fin especialmente amistoso. Pero quedaba claro que evitaba hacer cualquier referencia a su común secreto; e incluso cuando Fettes susurraba que había decidido unirse a los leones y rechazar la de los corderos, se limitaba a indicarle con una mueca que guardara silencio. Y al fin llegó la ocasión para que los dos trabajaran juntos de nuevo. En la clase del señor K volvían a escasear los cadáveres; los alumnos se mostraban impacientes y el maestro quería

estar siempre bien provisto. Al mismo tiempo llegó a sus oídos de que iba a efectuarse un entierro en el cementerio del pequeño pueblo de Glencorse. El tiempo ha modificado muy poco este lugar. Estaba situado entonces, como ahora, en un cruce de caminos, lejos de cualquier casa y escondido bajo las ramas de seis cedros. Las ovejas en las colinas; riachuelos a ambos lados, el silbido del viento en los antiguos castaños florecidos y, una vez a la semana, el tañir de la campana, eran los únicos sonidos que turbaban el silencio de la pequeña iglesia. El Resucitador —por usar un nombre de la época— no se sentía cohibido por ninguno de los aspectos de la piedad acostumbrada. Parte de su trabajo consistía en despreciar y profanar





las viejas tumbas, los caminos sabidos por pies fervorosos y afligidos, y las ofrendas e inscripciones que daban testimonio de la estima de los que aún siguen vivos. En las aldeas, donde el cariño es más firme de lo corriente y donde lazos de sangre o amistad funden a toda la sociedad de una parroquia, el ladrón de cadáveres, en lugar de sentirse repelido por el lógico respeto agradece la facilidad y ausencia de peligro con que puede llevar a cabo su trabajo. A los cuerpos que habían sido enterrados, en gozosa esperanza de un despertar bien diferente, les llegaba esa veloz resurrección, llena de horrores, a la luz de un farol de mano, del pico y la pala. Forzado el ataúd y rasgada la mortaja, los lánguidos restos, vestidos de arpillera, después de dar tumbos durante horas por ocultas sendas, privados incluso de la luz de la luna, eran expuestos a las mayores indignidades ante una clase de jóvenes asombrados. De manera semejante que los buitres caen en picado sobre una oveja a punto de morir, Fettes y Macfarlane iban a saltar sobre

una tumba en aquel pacífico lugar de descanso repleto de verdor. La esposa de un ganadero, una mujer que había vivido sesenta años, conocida por hacer una excelente mantequilla y tener una bondadosa conversación, habría de ser arrancada de su tumba a medianoche y llevada, desnuda y sin vida, a la lejana ciudad a la que ella siempre había honrado vistiéndose con sus mejores galas; el lugar que le correspondía junto a su familia habría de quedar vacío hasta el día del Juicio Final; sus inocentes y siempre venerables miembros habrían de ser expuestos a la fría curiosidad de los bisturís.

Al anochecer los dos colegas se pusieron en camino, envueltos en sus capas y provistos con una botella de formidables dimensiones. Llovía sin descanso: una lluvia densa y fría que caía sobre el suelo con inusitada violencia. De vez en cuando soplaban ráfagas de viento, pero la cortina de lluvia las disipaba. A pesar de la botella, el trayecto hasta Panicuik, donde pasarían la parte de la noche, resultó atribulado y



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

silencioso. Se detuvieron antes en un espeso bosquecillo, cerca del cementerio para esconder sus herramientas; y volvieron a pararse en la posada Fisher's Tryst, para brindar delante del fuego e intercalar una jarra de cerveza entre los tragos de whisky. Cuando llegaron a su destino, el carruaje fue puesto a cubierto, se dio de comer al caballo y los jóvenes doctores se sentaron en un reservado para degustar de la mejor cena y del mejor vino que la casa podía ofrecerles. Las luces, el fuego, el golpear de la lluvia contra los cristales, el frío y la repugnante tarea que les esperaba, todo contribuía a hacer más placentera la comida. Con cada vaso que bebían su enfermedad aumentaba. Muy pronto Macfarlane entregó a su amigo una

pequeña pila de monedas de oro.

—Un pequeño regalo —dijo—. Entre compañeros estos favores tendrían que hacerse con la misma facilidad que un fósforo pasa de mano en mano para encender la pipa.

Fettes se guardó el dinero y aplaudió con vehemencia el sentir de su amigo.

—Eres un verdadero filósofo —exclamó—. Yo no era más que un ignorante hasta que te conocí. Tú y K... ¡Por todos los diablos que entre los dos haréis de mí un hombre!

—Claro que sí—asintió Macfarlane—. Aunque si he de ser sincero, se necesitaba a todo un hombre para respaldarme el otro día. Hay algunos cobardes de cuarenta años, muy fuertes y pendencieros, que se hubieran puesto enfermos al ver el cadáver;





pero tú no.... tú no perdiste la cabeza. —¿Y por qué iba a perderla? —presumió Fettes—. No era asunto mío. Hablar no me hubiera traído más que problemas, mientras que si mantenía la boca cerrada podía contar con tu gratitud, ¿no es cierto? —y golpeó el bolsillo con la mano, haciendo sonar las monedas de oro.

Macfarlane sintió una punzada de alarma ante aquellas desagradables palabras. Puede que algún día lamentara la eficacia de sus enseñanzas en el comportamiento de su joven colaborador, pero no tuvo tiempo de decir nada porque Fettes continuó en la misma línea socarrona.

—Lo importante es controlar el miedo. Confieso, aquí, entre nosotros, que no quiero que me ahorquen, y eso no es más que sentido práctico; pero la mojigatería, Macfarlane, nació ya despreciándola. El infierno, el cielo, el bien y el mal y toda esas supersticiones quizá sirvan para asustar a los niños, pero los hombres de mundo como tú y como yo despreciamos esas cosas. ¡Brindemos por la memoria de Gray!

Se estaba haciendo ya algo tarde. Pidieron que les acercaran el calesín a la puerta con los dos faroles encendidos, pagaron la cuenta y emprendieron la marcha. Dejaron dicho que iban camino de Peebles y cogieron aquella dirección hasta perder de vista las últimas casas del pueblo; luego, apagando los faroles, dieron media vuelta y siguieron un atajo que les devolvía a Glencorse. No había otro ruido que el de su carruaje y el incesante caer de la lluvia. Estaba oscuro y eran las piedras blancas de los muros las que les mostraban el camino de vez en cuando; pero casi siempre tenían que avanzar al paso y prácticamente a tientas, mientras atravesaban la atronadora oscuridad en dirección hacia su solitario punto de destino. En la zona de bosques tupidos que rodea el cementerio la oscuridad se hizo absoluta y no tuvieron más remedio que volver a encender uno de los faroles del carruaje. De esta manera, bajo las ramas goteantes y rodeados de sombras que danzaban continuamente, llegaron al escenario de su sacrílego trabajo.



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

Los dos eran muy diestros y muy eficaces con la pala; y cuando apenas llevaban veinte minutos de trabajo cuando dieron con un golpe sordo sobre la tapa del ataúd. Macfarlane arrojó por encima de su hombro una piedra como la que acababa de golpearse la mano y se agachó de nuevo para reanudar la tarea. Para iluminarse mejor habían apoyado el farol del calesín contra un árbol, casi en el límite del empinado terraplén que descendía hasta el arroyo. La casualidad dirigió de manera directa aquella piedra. Se oyó un estrépito de cristales rotos; la oscuridad les envolvió; ruidos secos y vibrantes sirvieron para anunciarles la trayectoria del farol terraplén abajo, y las veces que chocaba con los troncos encontrados en su camino. Algunos guijarros desplazados por el farol en su caída, le siguieron dando tum-

bos hasta el fondo del pequeño valle; y después el silencio que, como la oscuridad, se apoderó de todo; y por mucho que aguzaron el oído no se oía otra cosa que la lluvia.

Como casi habían terminado, juzgaron más prudente acabarlo a oscuras. Desenterraron el ataúd y rompieron la tapa; introdujeron el cuerpo en el saco, que estaba completamente mojado, y entre los dos lo transportaron hasta el carruaje; uno se subió para sujetar el cadáver y el otro, llevando al caballo por el bocado fue a tientas hasta llegar al muro y, caminando entre la maleza, hasta llegar a un camino cerca de la posada. Por fin consiguieron, dejando el pequeño pueblo atrás, lograron poner el caballo a buen paso y empezaron a traquetear alegremente camino de la ciudad.

Los dos se habían empapado hasta





el tuétano durante el arduo trabajo y ahora, al saltar el calesín entre los profundos surcos de la senda, el cadáver que sujetaban entre los dos caía con todo su peso primero sobre uno y luego sobre el otro. A cada repetición del repulsivo contacto ambos empujaban el cuerpo con más violencia; y aunque los tumbos del coche bastaban para explicar aquellos contactos, su reiteración terminó por afectar a los jóvenes médicos. Macfarlane hizo un chiste de mal gusto sobre la esposa del granjero que Fettes dejó pasar en silencio. Pero su insólita carga seguía golpeando a un lado y a otro; tan pronto la cabeza se recostaba sobre un hombro como un trozo de empapada arpillera aleteaba gélidamente sobre sus caras. Fettes empezó a sentir que su espíritu se enfriaba. Cada vez que miraba el bulto tenía la impresión de que aumentaba de tamaño. Por todas partes, a los lados del camino y también a lo lejos, los perros de las granjas aullaban; y el joven médico se fue convenciendo más y más de que algún terrible suceso había tenido lugar;

que en aquel cuerpo muerto se había producido algún cambio misterioso y que los perros aullaban por el miedo que les inspiraba su horrible carga.

—Por todos los santos —dijo, haciendo un terrible esfuerzo para conseguir hablar—, por el amor de Dios, ¡encendamos una luz!

Macfarlane, por lo visto, se veía afectado de manera similar por la situación y, aunque no respondió, detuvo al caballo, entregó las riendas a su compañero, se apeó y procedió a encender farol que les quedaba. No habían llegado para entonces más allá del cruce de caminos que conduce a Auchenclinnny. La lluvia seguía cayendo con fuerza y no era nada fácil encender un fósforo entre aquella oscuridad y la lluvia incesante. Cuando por fin la débil llama azul fue traspasada a la mecha y empezó a ensancharse y hacerse más luminosa, creando un amplio círculo de amarillenta claridad alrededor del carruaje, los dos médicos fueron capaces de verse el uno al otro y también el objeto que acarreaban. La lluvia había ido aplastando la arpille-



Los ladrones de cadáveres R.L. Stevenson

ra al contorno del cuerpo que cubría, de manera que la cabeza se distinguía perfectamente del tronco, y los hombros se recortaban con toda claridad; algo a la vez fantasmal y humano les obligaba a mantener los ojos fijos en aquel horrible compañero de viaje.

Macfarlane se quedó quieto durante unos instantes, sujetando el farol. Un horror inenarrable envolvía el cuerpo de Fettes como un sudario humedecido, crispando sus pálidas facciones, un miedo sin sentido, un miedo atroz a lo que no podía concebirse se iba apoderando de su mente. Un segundo más y hubiera hablado.

Pero su colega se le adelantó.

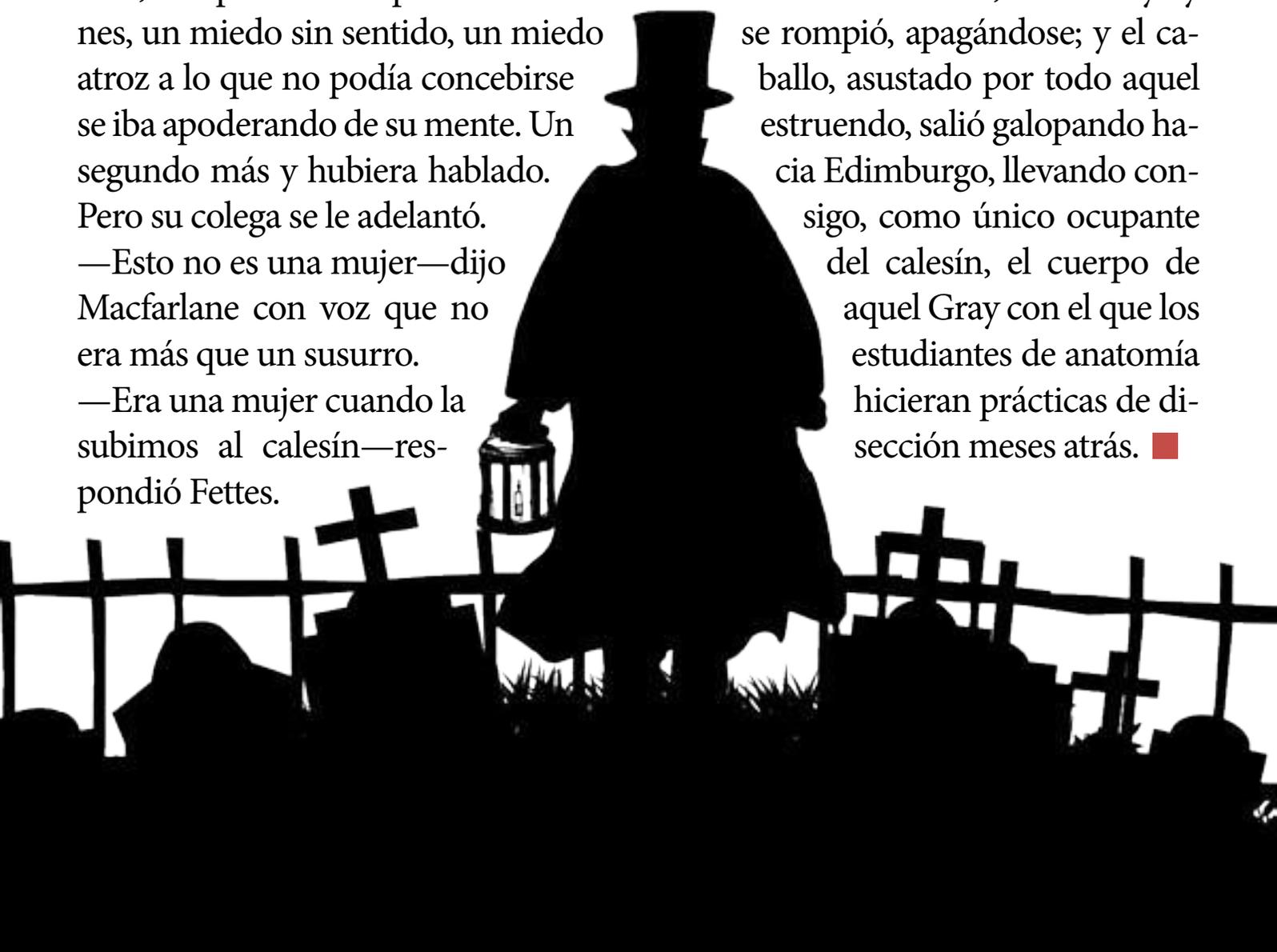
—Esto no es una mujer—dijo Macfarlane con voz que no era más que un susurro.

—Era una mujer cuando la subimos al calesín—respondió Fettes.

—Sostén el farol—dijo el otro—. Tengo que verle la cara.

Y mientras Fettes mantenía en alto el farol, su compañero desató el saco y dejó la cabeza al descubierto. La luz iluminó con toda claridad las bien moldeadas facciones y afeitadas mejillas de un rostro demasiado conocido, que ambos médicos habían contemplado con frecuencia en sus sueños.

Un alarido desgarró la noche; los dos saltaron del coche; el farol cayó y se rompió, apagándose; y el caballo, asustado por todo aquel estruendo, salió galopando hacia Edimburgo, llevando consigo, como único ocupante del calesín, el cuerpo de aquel Gray con el que los estudiantes de anatomía hicieron prácticas de disección meses atrás. ■





Una marca de **superatio.es**

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Pero puedes hacer las copias que desees y regalárselas a quien no pueda comprarlas.

**#EstamosEnContra**

